

181

CAPITULO XI.

Un retrato.

Leopoldo, al abrir la puerta, se encontró con un caballero de avanzada edad; pero de fino porte y de elegantes maneras, que vestia de riguroso luto.

—¿Tengo la honra—dijo con agradable acento—de hablar con Don Leopoldo Cabrera?

—La honra es para él, que tiene el gusto de ponerse á las órdenes de vd.

—Mil gracias.

Contestó el caballero pasando adentro á una invitacion de Leopoldo.

—Tenga vd. la bondad de tomar asiento—dijo el jóven artista presentándole una

183

silla—y dignese vd. decirme en qué puedo servirle.

—En admitir la reparacion de una falta cometida involuntariamente contra un hombre que fué modelo de honradez y de virtud.

—Tendré sumo placer en escuchar á vd.

—¿Ha oido vd. hablar de D. Manuel Turon, comerciante de Guadalajara?

—Muchas veces: á él se presentó, hace algunos años, un hombre que, falsificando la firma de mi honrado padre, cobró varias libranzas, que se suponian giradas por Don Emilio Landeta.

—Es verdad.

—Fué una infamia que comprometió el honor del sér que me dió la vida, que sumió en la mas espantosa miseria á toda la familia, que condujo al sepulcro á mi honrado padre, y que colocó un terrible valladar entre la jóven que amo y yo.

—Su padre de vd., para no perjudicar al comerciante que habia hecho el pago, se despojó de cuanto tenia, queriendo con su pobreza, desmentir á los que le creyeron complicado en aquella estafa.

—Es cierto; pero ni aun así logró su noble intento. Los que tenían empeño en deshonrar su nombre, no vacilaron en afirmar que la oferta la hizo creyendo que no sería admitida.

—Se equivocan; porque me consta que fué hecha con la mejor buena fé, y que solo su empeño, decidió al comerciante de Guadalajara á admitir su sacrificio.

—¡Ah! ¿Lo sabe vd?

—Sin duda: lo sé, como supe despues su inocencia; como lo sabrán dentro de poco todos los que dudaban de ella.

—¿Será posible! ¡Ah! esa sería una felicidad que apreciaría mas que todos los tesoros de la tierra.... Sí; ver desaparecer la mancha que la calumnia echó sobre el limpio apellido que llevo, es para mí de mas precio que la vida y que el oro que encierra la tierra en sus entrañas. Entonces se me abrirían las puertas en que habita el ángel que idolatro, y podría decirle antes de que espirase: ¡soy digno de tu amor!

—Y esas puertas se abrirán bien pronto, porque cerca está el dia en que se le ar-

ranque la careta al infame que tomó su nombre para envilecerle y arruinarle.

—¿Cómo! ¿Sabe vd. dónde está? ¿Le conoce vd?

—Sí; el cielo ha permitido que le descubra.

—¡Oh! su nombre, su nombre por Dios, para que vaya á vengar la ofensa hecha á mi adorado padre.

—Es conveniente que lo ignore vd. por ahora.

—¿Ignorarlo! ¿Y por qué?

—Porque es preciso disimular para no espantar la caza; y el corazon herido difícilmente podría ocultar su dolor.

—¿Y no sería mas acertado arrojarse sobre ella antes de que recelase que se trataba de cojerla?

—No; porque sería comprometer la vida de un hombre que gime cautivo, y la felicidad de una mujer.

Leopoldo quedó sorprendido.

Era la primera vez que le daban razon del infame que tomó el apellido de su padre y suplantó su firma para arruinarle.

Cierto es que su amigo Nuñez le había asegurado que pronto le encontraría; pero nunca quiso confiarle el secreto, temiendo que al revelarle era Duval, no tuviese la calma y sangre fría necesaria para esperar tranquilo el resultado que se había propuesto.

—¡La vida de un hombre y la felicidad de una mujer!—Exclamó Leopoldo admirado.—¿Luego ese malvado tiene otros crímenes que lamenta la sociedad?

—Sí; y crímenes que horrorizan.

—Bien; entonces conviene que no sepa su nombre, porque no respondería de mi prudencia al encontrarle. Pero ¿quién es vd. que se digna traer la dicha y el consuelo al desgraciado que había renunciado hasta á la esperanza de la felicidad?

—Soy el mismo comerciante que se vió obligado á recibir la suma de que su padre de vd. se despojara.

—¿Don Manuel Turon?

—El mismo que viene á devolver al honrado hijo de Cabrera, los bienes de que su virtuoso padre le privó: el que conociendo la inocencia de aquella noble víctima, se ha

presentado al padre de la hermosa Clotilde, para allanar el único obstáculo que se oponía á la union de dos jóvenes, que el cielo ha destinado el uno para el otro.

—¡Ah! ¡Pero D. Emilio es inexorable!

—Todo lo contrario: en las varias entrevistas que con él he tenido, he logrado convencerle de la inocencia del padre de vd., ocultándole como á vd., para evitar nuevos males, el nombre del malvado que suplantó su firma, y hace un instante me ha comisionado él mismo para que venga á decir á vd. que la mano de Clotilde es suya; que desde ahora mismo puede vd. ir á verla.... á salvarla del sepulcro....

—¿Será posible?

—No hay duda.

—¿Consiente en mi union con la mujer que adoro?

—Es hoy su mayor anhelo.

Leopoldo creyó estar soñando. Le parecía que todo cuanto escuchaba era un delicioso delirio de la fantasía.

—¡Ah! ¡yo me vuelvo loco de alegría!—exclamó levantándose, y fijando los ojos

irradiando de placer en D. Manuel:—¿no se ha engañado vd....? ¿no habrá vd. oído mal las palabras de Landeta?

—Las he oído perfectamente.

—¡Oh! ¡el corazón de mi adorada madre no se engañaba! ¡Su ardiente fé ha traído sobre mí la felicidad! Hace un instante me aseguraba que Dios se compadecería de mis desgracias y mis penas, y el cielo ha venido á colmarme de ventura.

—Es que vuestra madre es la virtud personificada, y la virtud siempre confía en el recto Juez que no puede dejar sin premio al hombre honrado, ni sin castigo al criminal.

—Sí; es cierto.

—¿Y vd. había perdido la fé?

—Al menos veía espirante mi esperanza, y por lo mismo no estaba preparado mi corazón para tanta ventura como me inunda en este instante.

—No será menor la de la hermosa Clotilde cuando vea á vd. llegar á su lado.

—¿Y dice vd. que puedo presentarme en su casa ahora mismo?

—Se le espera á vd. con la mayor impaciencia, y si quiere vd. honrarme con su compañía, iremos juntos.

—La honra es para mí, señor Turon, y admito el favor de vd. con toda la gratitud de mi alma.

—Mil gracias.

—Pero es preciso que me mude trage; estaba pintando, y los artistas nos presentamos en nuestro estudio con bastante descuido en la ropa.

—Como requiere el arte.

—Por eso temo haceros esperar.

—De ninguna manera: puede vd. entrar á vestirse, que aquí espero entretenido en ver las magníficas pinturas que abundan en esta pieza.

—¡Ah! gracias: voy, pues, á vestirme, y á dar á mi querida madre la feliz nueva de que vd. ha sido mensajero.

Y el dichoso artista, henchido de contento y de ventura, y conociendo cuán grato le sería á su anciana madre saber que iba á desaparecer la mancha arrojada por la calumnia sobre el honor de su esposo, entró apre-

suradamente á verla, á contarla todo lo que acaba de referirle D. Manuel, y á vestirse para partir inmediatamente con éste para ver á la mujer que idolatraba.

Hay séres que, dotados de un alma sensitiva y privilegiada, se elevan con el fuego del amor sobre el nivel de la mayoría de los amantes, como se remonta el águila caudal hasta la esfera del sol por encima de las demas aves: séres que han nacido para sentir: para vindicar á la especie humana de la nota de egoísta, insensible y cruel, con que la acusan los desgraciados: séres para quienes la vida es la tierna pasion y el amoroso sentimiento: que necesitan del amor, como las flores del benéfico rocío, el mundo de la luz, y las plantas de los rayos solares: séres que encuentran sus aspiraciones, sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones y su existencia entera en un dulcísimo objeto que divinizan, á quien rodean de míficos hechizos, de seductoras formas y de atractivos celestiales.

Mientras el jóven pintor, dominado por sus profundas y gratas sensaciones, se ves-

tia elegantemente y contaba á su adorada madre la grata nueva que acababa de recibir, el anciano D. Manuel se ocupaba en admirar los bellos cuadros del estudio de Leopoldo.

De repente sus ojos tropezaron en un retrato de mujer, colocado en un caballete que se hallaba como arrinconado en un ángulo del estudio.

Aquel retrato estaba aún sin concluir, pero habia tal perfeccion artística en él, que en el instante revelaba que habia sido trazado por una mano maestra.

Don Manuel se quedó mirándolo lleno de asombro.

Pero al parecer, lo que llamaba su atencion, no era el mérito de la pintura, sino la hermosura de la persona que representaba.

Aun no acababa de examinarlo detenidamente, ni de volver de la sorpresa que se habia retratado en su semblate á la vista de aquel cuadro, cuando se presentó Leopoldo elegantemente vestido.

D. Manuel, al verle entrar, corrió á él, le agarró del brazo, y conduciéndolo enfrente

al lienzo, le preguntó con la mas viva ansiedad.

—¿Cómo se halla aquí este retrato?

—Porque lo empezó á pintar un desgraciado amigo mio.

—¿Un amigo de vd?

—Sin duda.

—¿Y no lo ha acabado?

—Ni lo acabará nunca ya; hace tiempo que está ahí abandonado.

—¿Pero vd. sabe de quién es este retrato?

—Es el de una jóven á quien se debió unir el hombre que lo ha pintado.

—¿Y sabe vd. como se llama esa jóven?

—Adela.

—¿Adela!

—¿La conoce vd?

—¿Es la misma, no hay duda!

—No comprendo.

—¿Y dónde se halla?

—Se ignora.

—¿Cómo!

—Es un retrato trasladado de la fantasía al lienzo, como he trasladado yo mil veces la imágen de mi adorada Clotilde.

—¿Es decir que nunca ha venido á este estudio?

—Nunca.

—¿Pero sabe vd. algo de su historia?

—Muy poco.

—¿Ah! entonces tal vez podrá vd. decirme lo que anhelo.

—Lo deseo ardientemente.

—¿No es hija única de una familia que vivió en la calle S****?

—Sí señor.

—¿Que desapareció la noche víspera del dia en que debió unirse al hombre que le amaba?

—Precisamente.

—¿Oh! el cielo ha guiado mis pasos.

—Pero le veo á vd. muy agitado, muy conmovido.

—Sí; ha sido un encuentro feliz que no me esperaba.

—¿Conoce vd. acaso á la jóven?

—No; però fuí amigo íntimo de su buen padre, que me dejó al morir el encargo de indagar su paradero, para que recibiese en herencia los cuantiosos bienes que tenia.

—¡Cielos! Vd. es el ángel de la bienaventuranza, que Dios envía á los desgraciados para consolarles.

—Y su amante, ¿nada hizo nunca para encontrarla?

—El infeliz no ha perdonado medio alguno; pero todo ha sido inútil. ¡Nadie sabe su paradero!

—Yo tambien la he buscado por donde quiera que he ido: provisto de un retrato en miniatura que me entregó su padre al espirar, y por el cual conocí éste al instante que fijé en él los ojos, á todo el mundo he preguntado por ella, y nadie ha sabido darme razon de la desgraciada jóven. Pero yo la buscaré, la solicitaré si es preciso, por medio de los periódicos, ofreciendo una buena gratificacion á la persona que revele dónde se halla, y acaso lograré cumplir con el deseo de mi difunto y leal amigo.

—¡Ah! sí... Es imposible que Dios deje de premiar la virtud perseguida y la amistad benéfica.

—Así lo espero, D. Leopoldo. ¡Tal vez la infeliz gemirá en la miseria, confundida

entre las de la hez del pueblo, viviendo en un miserable cuarto húmedo y oscuro!

—Seria una desgracia.

—Pero yo me olvido al hablar de ella, de otra jóven que espera á vd. impaciente en este instante, y á la cual va vd. á llevar la felicidad.

—Sí, sí, partamos; pero cuente vd. siempre, D. Manuel, conmigo, para buscar á la desventurada Adela, cuya suerte está vd. encargado de mejorar.

—Acepto su proposicion, y espero en la Justicia divina que lograremos encontrarla.

Y Don Manuel y Leopoldo, el primero conmovido con el encuentro del retrato, y el segundo, henchido de placer por la ventura que le esperaba, salieron de la casa, y se dirijieron hácia la de la hermosa Clotilde.